



ALÉGRENSE en el SEÑOR

Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.

Arzobispo de Newark

Noviembre 5, 2021. Vol. 3, No. 5



IR MÁS ALLÁ DE NOSOTROS MISMOS

Queridas Hermanas y Hermanos en Cristo,

Hace un año, en octubre de 2020, nuestro Santo Padre, el Papa Francisco, publicó su encíclica *Fratelli Tutti* (Sobre la Fraternidad y la Amistad Social). Poco después, proporcioné un resumen de la encíclica del Papa en este boletín.

En agosto de este año, y de nuevo el mes pasado, utilicé este boletín (Vol 2. No 24 y Vol 3 No. 3.) para reflexionar sobre la enseñanza del Papa Francisco—concentrándose en el primer capítulo, “*Las Sombras de un Mundo Cerrado*”, y el segundo capítulo, “*Un Extraño en el Camino*”. Hoy, quisiera ofrecer algunas reflexiones sobre el tercer capítulo de *Fratelli Tutti*, “*Pensar y Gestar un Mundo Abierto*”.

Ofrezco estas breves reflexiones a la luz del proceso sinodal que ha comenzado en nuestra arquidiócesis y en todas las diócesis del mundo. El Papa Francisco nos ha invitado a caminar juntos como miembros de una familia, hermanos y hermanas que comparten una esperanza común y que sueñan con un mundo mejor para nosotros, nuestras familias y nuestros amigos y vecinos en todas partes.

Como nuestro Santo Padre deja claro en *Fratelli Tutti*, no podemos esperar encontrar la verdadera paz y felicidad mientras estemos aislados o encerrados en nosotros mismos. El Papa comenta:

Desde la intimidad de cada corazón, el amor crea vínculos y amplía la existencia cuando saca a la persona de sí misma hacia otros. Como fuimos hechos para el amor, hay en cada uno de nosotros “una ley de éxtasis: salir de sí mismo para hallar en otro un crecimiento de su ser”. Por esta razón “el hombre siempre tiene que enfrentar el reto de salir de sí mismo”. (Fratelli Tutti, #88).

El desafío de ir más allá de nosotros mismos está en el corazón de toda interacción social y amistad. Es también lo que impulsa a los hombres y mujeres a enamorarse, a atarse unos a otros en el sacramento del matrimonio y entregarse de todo corazón a sus hijos. “El amor crea vínculos y expande la existencia”, enseña el Papa. Encontramos una vida más rica cuando abandonamos la búsqueda de nosotros mismos y damos nuestros corazones y almas a Dios y a todas nuestras hermanas y hermanos.

El Papa Francisco nos advierte que resistamos la tentación de aferrarnos a un grupo pequeño, reduciendo nuestro enfoque a solo miembros de la familia, amigos cercanos y aquellos que son como nosotros en pensamientos, creencias y acciones. El Santo Padre escribe:

Pero no puedo reducir mi vida a la relación con un pequeño grupo, ni siquiera a mi propia familia, porque es imposible entenderme sin un tejido más amplio de relaciones: no sólo el actual sino también el que me precede y me fue configurando a lo largo de mi vida. Mi relación con aquellas personas que aprecio no puede ignorar que esas personas no viven sólo por su relación conmigo, ni yo vivo sólo por ellas. Nuestras relaciones, si son sanas y verdaderas, nos abren a otros que nos amplían y enriquecen. El más noble sentido social hoy fácilmente queda anulado detrás de intimismos egoístas con apariencia de relaciones intensas. En cambio, el amor que auténtico y la verdadera amistad pueden solo vivir en corazones abiertos a crecer a través de relaciones con otros. Como parejas o amigos, encontramos que nuestros corazones se abren a medida somos capaces de salir de nosotros mismos para acoger a otros. Los grupos cerrados y las parejas autorreferenciales, que se constituyen en un “nosotros” contra todo el mundo, suelen ser formas idealizadas de egoísmo y de mera auto preservación. (Fratelli Tutti, #89).

Las sociedades cerradas y ensimismadas no son comunidades cristianas. Nos impiden encontrarnos con Cristo “en el camino”, escucharnos unos a otros a pesar de nuestras diferencias y desacuerdos, y discernir la voluntad de Dios para nosotros como compañeros de viaje en el camino de la vida.

Citando a Santo Tomás de Aquino, el Santo Padre dice que:

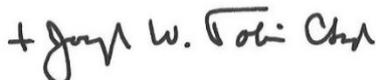
El amor hecho posible por la gracia de Dios es un movimiento hacia afuera en dirección a otro, que consideramos “ser amado como unido a nosotros mismos”. La atención afectiva que se presta a otros, provoca una orientación a buscar su bien libremente. Todo esto parte de un aprecio, de una valoración, que en definitiva es lo que está detrás de la palabra “caridad”: el ser amado es “querido” para mí, es decir, “es estimado como de gran valor”. Y “el amor por el cual a uno le es grata la otra persona depende que le dé algo libremente (gratis)”. (Fratelli Tutti, #93).

Cuando caminamos juntos como peregrinos en un camino sinodal, somos invitados, y desafiados, a ir más allá de nosotros mismos “en una unión cada vez más dirigida hacia los demás, considerándolos de valor, dignos, agradables y hermosos aparte de sus apariencias físicas o morales”. El Evangelio nos amonesta a no juzgar a los demás por nuestros propios valores culturales, sino a ver a aquellos que son diferentes de nosotros como Dios los ve. “Sólo cultivando esta forma de relacionarnos unos con otros”, enseña el Papa, “haremos posible una amistad social que no excluya a nadie y una fraternidad abierta a todos”.

El proceso sinodal que comenzamos el mes pasado es un medio para “ir más allá de nosotros mismos” como individuos, familias, comunidades parroquiales, diócesis y la Iglesia Universal. Si tomamos en serio el llamado a encontrar a Jesús en Su pueblo, a escuchar respetuosamente a aquellos con quienes no estamos de acuerdo, y a discernir lo que el Espíritu Santo nos pide que

seamos y hagamos como pueblo peregrino de Dios, entonces el sínodo tendrá éxito en su propósito. Si el sínodo produce este tipo de humildad y apertura a la gracia, de hecho, hará que todos vayamos más allá de nosotros mismos y, por lo tanto, produzcamos una rica cosecha de fraternidad y amistad social.

Sinceramente suyo en Cristo Redentor,



Cardenal Joseph W. Tobin
Arzobispo de Newark

Homilía del Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.

Misa de apertura del Sínodo | Catedral Basílica del Sagrado Corazón | Octubre 17, 2021

Hoy, más que nunca, estamos bajo la autoridad de la Palabra de Dios, y la Palabra puede iluminar el proceso que el Papa Francisco inició la semana pasada en la Basílica de San Pedro para continuar hoy en todas las diócesis del mundo.

Sínodo para muchos una palabra extraña.

“Sínodo” es una palabra extraña. Otra palabra extraña es “sinodalidad”. Se dice que este Sínodo es el evento eclesial más trascendental de mi vida. ¿Quién lo sabía? Ese es el problema.

El Papa Francisco o alguien más no inventaron esas palabras. De hecho, en los primeros 1,000 años de cristianismo, el sínodo fue una institución bien conocida del gobierno de la Iglesia. Incluso después del primer milenio, cuando entonces se había desvanecido a un recuerdo en Occidente, los sínodos continuaron entre las Iglesias ortodoxas y orientales católicas. Los cristianos en el Líbano, Ucrania, el este de Eslovaquia o la India están familiarizados con los sínodos.



Pero para ellos, como en nuestra Iglesia para el primer milenio, un sínodo se entiende como una reunión de obispos con y bajo la autoridad del Santo Padre. La gente ha sido espectadora pasiva. Eso es lo que este sínodo – el que comenzó la semana pasada en Roma y concluirá en Roma dentro de dos años – pretende cambiar. Pero hay más en la extrañeza de esta palabra, especialmente cuando consideramos lo que significa esta palabra.

¿Una palabra extraña – “mismo camino” o una tarea de tontos?

“Sínodo” proviene de dos palabras griegas que significan “mismo camino” (σύν-οδός) y se utilizan para significar un misterio santo: que el pueblo peregrino, a quien Dios ha “llamado a salir de la oscuridad para entrar en su luz maravillosa” (1 Pe. 2, 9), está llamado a recorrer el “mismo camino”. A veces los seguidores de Jesús se dan cuenta de que van por el camino equivocado. ¿Recuerdas lo que

les sucedió a esos dos discípulos, caminando hacia su casa a Emaús en “ese primer día de la semana” (cf. Lc. 24, 13-35)? Sus corazones estaban rotos, sus sueños destrozados y su conversación estaba llena de desesperación. No ocultaron su desesperanza a un extraño que comenzó a caminar con ellos. El extraño escuchó su dolor, pero explicó los acontecimientos recientes a la luz de la Palabra de Dios. A pesar de sí mismos, los dos sintieron una chispa de esperanza encendida en sus corazones, que comenzó a arder. Cuando más tarde se sentaron en una mesa con el extranjero, y él tomó, bendijo y partió el pan y se lo ofreció, supieron que habían estado viajando en la dirección equivocada, y salieron al camino para encontrar a sus hermanos y hermanas en Jerusalén (v. 33).

El sínodo reconoce que el Pueblo de Dios, aquellos a quienes Dios ha llamado de las tinieblas a la luz de Dios en virtud de su bautismo, están llamados a caminar por el mismo camino en la dirección correcta. Un sínodo no está llamado a defender ni a cambiar nada. Más bien, convoca una asamblea que discierne lo que el Espíritu Santo pide a la Iglesia en este momento a la luz de la misión para la que existe: evangelizar. El sínodo no es un programa – ciertamente no es simplemente una reunión – sino un proceso, o más bien, el programa es ese proceso de escuchar, orar, discernir, recomendar.

Las personas a ambos lados del asunto pueden no estar contentas con este proceso. Los tradicionalistas y progresistas tienen un problema con el sínodo porque no está atado a una agenda firme. Y, si miramos a nuestro alrededor, no tenemos ningún modelo en los bancos, en este púlpito o en el santuario para decir ¡sí! eso es lo que debemos hacer.

El sínodo es una llamada a la unidad para todos nosotros, en los bancos, en este púlpito, en el santuario. Una llamada que nos une a todos a un acto comunitario de obediencia que es, ante todo, escuchar.

¡Escucha, Oh Israel!

La primera lectura fue tomada del Libro del Deuteronomio, un largo sermón dado en las llanuras de Moab por Moisés justo antes de que el pueblo entrara a la Tierra Prometida. Moisés dijo: “Porque obedecerás la voz del SEÑOR, tu Dios...” – para obedecer, tenían que escuchar. De hecho, la primera oración que Jesús dijo todos los días, la oración que María y José le enseñaron, vino de este sermón de Moisés en el Libro del Deuteronomio y comenzó con las palabras “¡Sh'ma Yisrael!” “¡Escucha, Oh Israel: el SEÑOR es nuestro Dios, él es único SEÑOR!” (Dt. 6, 4). Él es el que hace posible entrar a la Tierra Prometida. Él es el que da sentido a nuestra comunidad.

Los sínodos son esfuerzos para escuchar, para estar atentos a lo que el Espíritu está tratando de decir a la Iglesia, no a lo que la gente ha decidido de antemano que el Espíritu debería estar diciendo.

El camino hacia el Sínodo del 2023 en Roma, cuyo tema es “Por una Iglesia Sinodal: Comunión, Participación y Misión”, está diseñado para involucrar a cada diócesis, cada conferencia episcopal y cada cuerpo de la Iglesia continental. Dará rienda suelta a la mayor consulta popular de la historia, destinada a llegar a más de mil millones de personas. ¿Quién hace eso? Requerirá, como nunca antes, que el Pueblo de Dios en esta Arquidiócesis se reúna como nunca antes en reuniones masivas en las parroquias, pero también esfuerzos por escuchar a las personas que no se presentan en las parroquias: universidades, instituciones correccionales y las otras periferias de esta Iglesia local, ya que a todos se les da “la capacidad de imaginar un futuro diferente para la Iglesia y sus instituciones, de acuerdo con la misión que ha recibido”. (Documento Preparatorio, 9).

El Documento Preparatorio para el Sínodo utiliza la Escritura para justificar esta amplia inclusión, señalando que los Evangelios presentan consistentemente la interconexión entre Jesús, la multitud y los apóstoles (cf. DP, 18-20). Jesús, que siempre toma la iniciativa, está constantemente abierto a la gente, reconociéndolos como compañeros de conversación de maneras que conmocionan y escandalizan a los demás, especialmente a los funcionarios religiosos. Al mismo tiempo, llama a algunos a seguirlo y les confía una responsabilidad especial de ayudar a otros a encontrarse con él.

Los tres actores, dice el Documento Preparatorio (20), son esenciales.

- Si Jesús, presente a la Iglesia a través del Espíritu, está ausente, el sínodo desciende a un juego político entre los apóstoles y la multitud, una versión eclesiástica del Congreso. Sabemos dónde termina el impasse subsiguiente.
- Sin la multitud, el sínodo se vuelve rígido, incluso narcisista, una secta exclusiva y que mira hacia adentro.
- Sin los apóstoles instruidos por el Espíritu, la multitud corre el riesgo de caer presa del mito y la ideología, en una “moda pasajera” o lo que sea políticamente correcto.

El Documento Preparatorio señala sombríamente que, en las Escrituras y en la Iglesia de hoy, hay un cuarto “actor” que tiene muchos nombres – *diablos*, el Maligno, Satanás, cuyo papel es tratar de separar a estos tres actores. Sin los tres—el Pueblo de Dios, el Espíritu Santo y los obispos—no es un sínodo real, y no podemos considerar el camino que debemos recorrer. El Maligno lo sabe.

El camino a seguir

El objetivo de los próximos dos años y de manera especial para la Arquidiócesis, especialmente los próximos seis meses, no es celebrar una serie de reuniones y “eso es todo”. Más bien, es el esfuerzo por abrirnos a una conversión de corazón permanente – un cambio de corazones y un cambio de cultura a todos los niveles de la Iglesia. Algunos de ustedes ya participaron en formas de sinodalidad: en parroquias con consejos pastorales y financieros activos, en el Consejo Pastoral Arquidiocesano, en el Colegio de Decanos y en el Consejo de Sacerdotes. Grupos que invocan humildemente al Espíritu Santo y tratan de reconocer y caminar por el “mismo camino”.

La sinodalidad no es un intento de divinizar la voluntad del pueblo como trató de hacer la Revolución Francesa, sino de descubrir la voluntad divina, el plan salvífico de Dios en nuestros tiempos y en nuestros lugares. El proceso de este sínodo hará que el Pueblo de Dios sea actor en el proceso de discernimiento en lugar de espectadores pasivos.

Después de abril del próximo año, la oración, la escucha, el discernimiento y la recomendación se trasladarán a niveles nacional y continental antes de informar a la asamblea que se reunirá en Roma en octubre del 2023.

Imaginen un futuro diferente

¿Demasiado, demasiado pronto? Ciertamente. Pero ese puede ser el punto. Así como la pandemia proyectó una fuerte luz que reveló las grietas en nuestra sociedad y sus valores, el genio del proceso

sinodal es que revelará crudamente cuán poco transitado es el camino hacia la Iglesia sinodal y cuán anti-sinodal es la cultura de una jerarquía controladora con un laicado pasivo.

Dicha luz es buena, porque ninguna conversión ocurre sin una confrontación necesaria y honesta con la verdad de quiénes somos, seguida de una toma de conciencia de cuánto se requiere la ayuda del Espíritu para llevarnos a donde estamos llamados a estar. En los Evangelios, nadie viene a Jesús con una petición vaga e insulsa de “sentirse mejor”, nombran el mal que los mantiene cautivos: “Soy ciego y quiero ver”, “mi hijo está poseído por un espíritu maligno, libéralo”, “¡Estoy sangrando por dentro, por favor haz que se detenga!”

Si el sínodo produce tal humildad y apertura a la gracia, producirá una rica cosecha.

Una carta de un anciano a una comunidad frágil

La segunda lectura de hoy me da consuelo y esperanza. Escuchamos un extracto de una carta escrita por un anciano en prisión que dice que está cerca de la muerte. Su audiencia es una frágil comunidad de discípulos que viven en una ciudad portuaria al borde del Imperio Romano. Su precaria existencia está bajo constante amenaza de ser aplastada por la persecución externa o desgarrada por disputas internas. Sin embargo, en su carta a los filipenses, el apóstol Pablo usa la palabra “alegría” más veces que en cualquier otra epístola.

Embarquémonos con alegría en el camino sinodal, caminando por el mismo camino y guiados por la sabiduría de Pablo:

Así que, si Cristo los anima, si el amor los consuela, si el Espíritu está con ustedes, si conocen el cariño y la compasión, lléntenme de alegría viviendo todos en armonía, unidos por un mismo amor, por un mismo espíritu y por un mismo propósito.

No hagan nada por rivalidad o por orgullo, sino con humildad, y que cada uno considere a los demás como mejores que él mismo. Ninguno busque únicamente su propio bien, sino [también] el bien de los otros.

¡Ay! Si tan solo la lectura hubiera incluido el versículo que sigue, nuestro equipo de viaje estaría completo: *¡Tengan entre ustedes la misma actitud que Cristo Jesús!*

Un Mensaje del Papa Francisco: Palabras de Desafío y Esperanza



Queridos hermanos y hermanas, ¡tenemos juntos un buen viaje! Que seamos peregrinos enamorados del Evangelio y abiertos a las sorpresas del Espíritu Santo. No perdamos las oportunidades llenas de gracia que nacen del encuentro, la escucha y el discernimiento. En la gozosa convicción de que, incluso mientras buscamos al Señor, Él siempre viene primero con su amor a nuestro encuentro.

Al iniciar este proceso, también nosotros estamos llamados a convertirnos en expertos en el arte del encuentro. No tanto organizando eventos o teorizando sobre los problemas, sino tomando tiempo para encontrarnos con el Señor y los unos con los otros.

El verdadero encuentro surge sólo de la escucha. Invoquemos al Espíritu Santo con mayor fervor y frecuencia, y escuchémosle humildemente a Él, caminando juntos como Él, fuente de la comunión y la misión, desea: con docilidad y valentía.

Mi Oración para Ustedes

Oremos con el Papa Francisco:

Espíritu Santo de Dios, nuestro Defensor y nuestro Guía, empodera a tu pueblo con la capacidad de encontrarse unos a otros, de escuchar atentamente la Palabra de Dios y de los demás, y de discernir la voluntad de Dios para Su pueblo. A través de la intercesión de la Santísima Virgen María, y de todos los santos, que el camino sinodal que estamos comenzando nos una ahora contigo, y entre nosotros, para que podamos descubrir la alegría y la paz—ahora y en el mundo futuro.



- Cardenal Joseph W. Tobin